

demografía se muestra en expansión. Surgen edificios que junto a su carácter utilitario llevan la noble prestancia a que les obliga su carácter representativo. Da idea de esta política edilicia el Plan Extraordinario que acometió el Ayuntamiento en 1896, proyectándose el Palacio Municipal, la Pescadería y el Mercado. La tecnología del hierro se aliaba con los caprichos decorativos. Severino Achúcarro levantaba una ostentosa Estación del ferrocarril.

Sin embargo lo que habría de dar carácter a la ciudad responde a un programa bien distinto. Fuera del puerto, la mirada se tiende extensamente por el Cantábrico. Esa zona se proyecta como ciudad para el esparcimiento. Las playas de moda atraían a la aristocracia, la burguesía y en excepcionales circunstancias a la propia casa real. ¡Cómo no recordar la emulación de San Sebastián! El viaje comienza por razones de salud; pero sigue el divertimento y acaba en el juego. De ello ejemplifica El Sardinero: Hotel Real, Gran Casino, Campo de Polo.

Allí florece una arquitectura y un urbanismo. El plan es el de ciudad-jardín. Hay una filosofía de lo natural. A la lógica de la ciudad utilitaria, se opone aquí el gobierno de lo «fisiocrático». Es el reino de lo «pintoresco». Los edificios rehuyen el monumentalismo. Se salvaguarda lo íntimo; la construcción persigue el ideal británico de «cottage».

Y es bajo el prisma de lo pintoresco como surge La Magdalena. Es un edificio para una deliciosa península. Se hace un concurso y en él descuellan los proyectos de ambientación inglesa. Compiten Wornum y Riancho-Bringas. Al fin el triunfo será de éstos. Todo el repertorio de la arquitectura gótica inglesa está presente. Su carácter exento, hará que se gocen todas las fachadas. Este regalo hecho en 1908 a los nuevos reyes de España, se perfilaba como el lazo que uniría Santander con la monarquía. No sería así, aunque un distinguido cometido quedaría para el palacio, después que en 1931 se reuniera en Santander la flor y nata de la intelectualidad española, con Unamuno a la cabeza.

A la arquitectura de lo pintoresco une el autor la del «regionalismo». La iniciativa compete a un sólo personaje: Leonardo Rucabado. Pero bastó. Andaba a la búsqueda de un estilo «Montañés», extraído de las tradiciones regionales. Se desvió del historicismo decimonónico, buscando las raíces en los antiguos palacios de la provincia. Así recuperó torres, soportales, cornisas, balconadas. Eran los tiempos de la nueva arquitectura desnuda, descontextualizada. Para Rucabado el arquitecto no podía renegar de su condición de artista.

En los años treinta Santander ve aparecer la arquitectura funcional, en edificios como el Club Marítimo, de Bringas Vega. Después vino la guerra civil. En 1941 se produjo el desolador incendio. El Plan de Reconstrucción uniformizó manzanas, aumentó la densidad de viviendas, rompió el carácter vernáculo en aras de lo práctico y rápido. Santander no era ya Santander.

Un estudio que participa de lo minucioso; que ofrece datos, imágenes, fotografías, planos originales; adobado por quien ha leído mucho y tiene la mente lúcida para juzgar, no pocas veces con pasión, pero siempre con acierto.—J. J. MARTIN GONZALEZ.

SANCHEZ-MORENO DEL MORAL, Fernando, *Historia del Palacio de Capitanía General de Burgos y sus antecedentes*, Edición de la Capitanía General de Burgos, Burgos, 1987, pp. 333, numerosos fotograbados, planos y dibujos.

Con justo orgullo la Capitanía General de Burgos ha editado un libro que ofrece la historia de este organismo militar y de los edificios que le han servido de alojamiento, hasta hacerlo en el magnífico en que actualmente se halla.

Feliz idea de historiar al propio tiempo la institución y su edificio, ya que el arte

es un trozo —el más luminoso— de la historia. La tarea ha sido emprendida por la persona más adecuada, ya que a su condición de militar une la de arquitecto técnico y de licenciado en Historia del Arte. De ahí la apelación a la documentación, básica para un historiador, atestiguada por la balumba de citas aportada.

Cierto que en la designación de las sedes de las Capitanías Generales han mediado consideraciones estratégicas. El recuerdo de un Burgos que ofrece resistencia en la Guerra de la Independencia y su importancia como nudo de comunicaciones, han sido poderosas razones a la hora de elegir la ciudad como centro de una de tales Capitanías. Pero en las páginas del libro queda constancia del tesón que el pueblo y las autoridades de Burgos han puesto, primero en la concesión de la Capitanía y después en su mantenimiento.

El autor hace la historia de los distintos edificios en que se aloja la Capitanía: Casa del Cordón, palacio de Iñigo Arista, casa de los Mendoza-Dorransoro, Casas Consistoriales, Palacio de las Cuatro Torres. Pero el ayuntamiento de la ciudad, consciente del significado que la Capitanía tiene, realiza un supremo esfuerzo y redacta un ambicioso proyecto en 1903, que supone el derribo del Palacio de las Cuatro Torres y la erección de un edificio de nueva construcción. De las trazas se ocupa el arquitecto municipal Saturnino Martínez Ruiz. De su proceso constructivo se ofrece exhaustiva información, desde el comienzo de las obras el 16 de agosto de 1904, hasta la recepción definitiva el 10 de octubre de 1908.

En aquel entonces el modernismo marcaba la hora de los estilos. Aunque en definitiva es una edificación ecléctica, el arquitecto procuró ofrecer una imagen gótica, por respeto al estilo dominante en la ciudad. Pero no habrá que olvidar que el propio Gaudí hacía pasar sus novedades por el tamiz tradicional de la arquitectura ojival. Se da cuenta de los diversos concursos que se hicieron, desde la contrata y dirección de obra, a la adjudicación de los elementos ornamentales. Porque lógicamente no se podía levantar un edificio que no tuviera previstos todos los elementos que lo hicieran inmediatamente habitable. Se da particular relevancia a las vidrieras, en una ciudad que tiene una catedral dotada de ricas muestras de estilo gótico. Ni se podían excusar reposteros, cuadros, relojes y el mobiliario. Una esmerada colección de dibujos ilustra las peculiaridades de esta ornamentación.

«Palacio de Capitanía General», tal es el título del libro. Y así es, en efecto. La institución militar suprema que se aloja en Burgos, tiene este suntuoso aparato que la ciudad se ha esforzado en mimar.—J. J. MARTIN GONZALEZ

BRASAS EGIDO, José Carlos, *Capuletti*, Edición de la Caja de Ahorros Provincial de Valladolid 1987. 465 págs, 497 ilustraciones, 115 en color.

Practicamente, Capuletti era un pintor desconocido fuera de ambientes muy reducidos vinculados a la Historia del Arte Español contemporáneo. Y quizás gran parte de su obra corría peligro de caer en el olvido, para limitarse su mención a la de ilustrador de algunas publicaciones vinculadas al estudio del erotismo, de no ser por esta magnífica monografía que Carlos Brasas dedica a este singular artista. Comenzamos señalando que este libro no es uno de los muchos trabajos de carácter menor que se han realizado sobre este pintor, sino una monografía fundamental, profunda y extensa que trata de compendiar, en los límites de lo exhaustivo, la vida y la obra de este singular pintor vallisoletano.

Cuando algún día se intente plasmar desde una perspectiva dilatada la historia de la pintura española del siglo XX, alejándose de la cita exclusiva de artistas tópicos y recurrentes, brillará con luz propia entre los más genuinos pintores de esta centuria la figura de Capuletti. Al menos su presencia no podrá faltar cuando se intente valorar la aportación hispana al campo del surrealismo. De este movimiento conviene precisar que Capuletti es un militante tardío, pero deslumbrante.